

The background of the entire page is a historical black and white photograph showing a large-scale military operation. In the upper half, several military aircraft are seen in flight against a light sky. In the lower half, numerous paratroopers are visible, some in the process of landing with their parachutes, and others on the ground in various combat or movement poses. The overall tone is somber and historical.

**ANTONY
BEEVOR**
LA BATALLA DE CRETA

CRÍTICA

ANTONY BEEVOR

LA BATALLA
DE CRETA

Traducción castellana de
SANTIAGO JORDÁN SEMPERE

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2002
Primera edición en esta presentación: septiembre de 2015

La batalla de Creta
Antony Beevor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Crete, The battle and the Resistance*

© Antony Beevor, 1991
© de la traducción, 2003, Santiago Jordán Sempere

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Fotocomposición: Víctor Igual

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-868-6
Depósito legal: B. 17.532 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

Agradecimientos	9
---------------------------	---

PRIMERA PARTE

La caída de Grecia

1. Misiones militares	15
2. Misiones diplomáticas	26
3. Misiones secretas	35
4. Invasión doble	42
5. A través del Egeo	55

SEGUNDA PARTE

La batalla de Creta

6. «Un nuevo “Scapa Flow”»	71
7. «La punta de lanza de la avanzadilla alemana»	84
8. «Fuentes estrictamente reservadas»	94
9. «Una ocasión perfecta para matar»	112
10. Máleme y el «valle Prisión»	129
11. Cara a cara con el enemigo en Rézimno e Iraklion	138
12. La primera noche y el segundo día	152
13. «La invasión de tropas anfibas»	163
14. Desastre en tierra y en el mar	170
15. Punto muerto en Rézimno e Iraklion	183
16. La batalla de Galatás	190
17. Los comandos de Laycock y la fuerza de reserva	200
18. Al sur de la bahía de Suda	210
19. Rendición	222
20. El Cairo y Londres	237

TERCERA PARTE

La resistencia

21.	Represalias, evasión y resistencia	245
22.	En campaña.	258
23.	El momento álgido del poder alemán	272
24.	El año en que cambiaron las tornas	282
25.	El armisticio italiano	294
26.	El secuestro del general Kreipe	311
27.	La retirada alemana	322
28.	Los últimos días de la ocupación	339

APÉNDICES

A.	Organizaciones secretas	355
B.	Orden de batalla de británicos y alemanes	357
C.	Mensajes de Ultra enviados a Creta antes de la batalla	363
D.	Organizaciones políticas griegas	369
	Notas	371
	Bibliografía	383
	Principales siglas empleadas en el texto	389
	Mapas	391
	Índice alfabético	401

Misiones militares

La noche posterior a la salida de las últimas tropas británicas de las playas de Dunkerque, un hombre alto con un ojo de cristal se despedía de su mujer sobre la escalinata del Oxford and Cambridge Club. Era la víspera de su partida en hidroavión hacia Grecia. No volvieron a verse. Un año más tarde, herido grave en la batalla de Creta, los paracaidistas alemanes lo recostaron sobre una pared y lo fusilaron.

John Pendlebury era arqueólogo y, a pesar de su condición de «wykehamista»* y de unos antecedentes en extremo convencionales, un romántico apasionado. Llevaba siempre consigo un bastón de estoque que, según decía, era el arma perfecta contra los paracaidistas. En Creta llegó a ser más conocido como marchamo de su persona que el ojo de cristal, que solía dejar sobre su escritorio para indicar su ausencia cuando se iba a las montañas, a consultar a los capitanes de la guerrilla.

Como tantos catedráticos y arqueólogos, había sido reclutado en 1938 por un departamento especial del Ministerio de Guerra llamado Military Intelligence (Research) (MI(R)), el predecesor de la Junta de Operaciones Especiales (SOE, Special Operations Executive). Dado el excelente conocimiento de Creta que adquirió en su época de custodio en Cnosós, a mediados del decenio de 1930, Pendlebury era un candidato obvio para las operaciones especiales en esa isla. Pero cuando estalló la guerra y no fue convocado, regresó a Inglaterra para desempeñar una misión especial en un regimiento de caballería.

Finalmente fue llamado en mayo de 1940, tras el comienzo de la ofensiva alemana contra los Países Bajos y Francia. Ante la inminencia de la entrada de Italia en la guerra y el interés alemán por los Balcanes, y en particular por los

* Estudiante o graduado en el Winchester College, por el nombre de su fundador, Wykeham. (*N. del t.*)

yacimientos petrolíferos de Rumania, todo parecía indicar que el Mediterráneo oriental sería el próximo campo de operaciones. Otro arqueólogo conocedor del griego que aceptó el uniforme de camuflaje del MI(R) en mayo de 1940 fue Nicholas Hammond, catedrático de Cambridge. Hammond y Pendlebury asistieron a un curso acelerado sobre explosivos, lo que habría de constituir la especialidad del primero: una cualidad inverosímil en un futuro rector y catedrático de griego de la Universidad de Clifton. Hammond era un experto en Epiro y Albania. En Londres, antes de salir de misión, Pendlebury insistió —con más ironía que paranoia— en que, como medida de seguridad, conversaran siempre por teléfono en griego: Hammond en dialecto epirótico y Pendlebury en cretense.

Aunque mayor que la mayoría de quienes se presentaban voluntarios para acciones de sabotaje o para integrarse en los grupos de retaguardia, Pendlebury era uno de los que más en forma estaban. Ya en sus tiempos de Cambridge había descollado como corredor y saltador de altura y, siendo miembro del Achilles Club, había trabado amistad con Harold Abrahams y lord Burghley. En un ejercicio previo a la guerra realizado en Cnosós, había recorrido más de mil seiscientos kilómetros por las montañas cretenses.

Con un preaviso de apenas un día, los cuatro miembros del MI(R) destinados a Grecia y Albania fueron citados por el Ministerio de Guerra. Se trataba de Pendlebury, Hammond, un empresario de Zagreb y otro arqueólogo, David Hunt, un catedrático becado en el Magdalen College que fue diplomático después de la guerra. El 4 de junio fueron escoltados hasta la estación Victoria por un oficial de los Foot Guards en impecable uniforme de servicio, con pantalones de montar, botas relucientes y casco de gala. Entre el trajín de los exhaustos evacuados de Dunkerque, su presencia inmaculada aportaba una de esas pinceladas surrealistas que constituyen una de las grandes e inconscientes especialidades del *establishment* británico.

Se embarcaron a bordo de un hidroavión en el puerto de Poole y despegaron sin saber cuál sería su derrota. El profundo avance de las columnas alemanas en Francia obligó al piloto a dar un gran rodeo. Para repostar amerizó en Arcachon, al sur de Burdeos, y luego en Sète, Bizerta, Malta y Corfú. En Atenas se denegó el permiso de entrada a todos los pasajeros menos a Pendlebury, porque sus vestimentas, propias de «empresarios» y «funcionarios», inspiraron recelos. Durante el período que precedió a la invasión italiana, el gobierno griego se mostró vigilante ante cualquier maniobra británica que pudiera comprometer su neutralidad.

Pendlebury, en su condición de antiguo custodio de Cnosós, pudo entrar en el país. Al poco saltó a Creta, donde comenzó a contactar con amigos durante sus interminables caminatas y a preparar grupos de resistencia contra la invasión de una isla de tanta importancia estratégica.

Al vetárseles la entrada a Grecia, Hammond y Hunt no tuvieron más op-

ción que seguir hasta Egipto, donde fueron adscritos al 1.º batallón del regimiento galés de Alejandría. Este batallón demostraría más tarde su valor militar en Creta pero, para quienes se habían presentado voluntarios como milicianos, la rutina del tiempo de paz resultaba asfixiante. «Todos los domingos los oficiales celebraban una fiesta de la medianoche a las tres de la madrugada (exclusivamente con cócteles de champán), a la que invitaban a las personas jóvenes y hermosas de Alejandría. A las tres todos nos sentábamos a comer rosbif y Yorkshire pudding.* La temperatura solía ser estable, rondaba los 32 grados Celsius.»¹ Como Italia declaró la guerra el 10 de junio, dos días después de que Hammond y Hunt llegaran a Alejandría, esta curiosa existencia no duró demasiado.

Aquel verano, mientras los británicos se preparaban para repeler la invasión y se producían las primeras escaramuzas en el desierto occidental, el régimen del dictador griego, general Ioannis Metaxas, perfectamente consciente de la amenaza que suponía el ejército italiano que había ocupado Albania en abril de 1939, hizo cuanto pudo por evitar el enfrentamiento.

El gobierno de Atenas llegó a ignorar el hundimiento por un submarino italiano de su crucero *Helle* mientras cumplía funciones de navío de guarda ceremonial durante las celebraciones religiosas de la isla de Tinos. Esa moderación excepcional no les valdría de nada.

Pocas campañas militares se han efectuado con tanta meticulosidad como la invasión italiana de Grecia, iniciada el 28 de octubre de 1940. Mussolini quería en un principio invadir Yugoslavia, pero Hitler vetó firmemente su propuesta. Las materias primas yugoslavas tenían casi tanta importancia para la empresa bélica germana como el petróleo de Rumania. En cierto sentido, resulta sorprendente que Hitler no vetara también la invasión de Grecia. Había sido avisado en infinidad de ocasiones de las intenciones italianas y puede darse por cierto que Mussolini se lo comentó durante un aparte en la reunión de Brenner, celebrada el 4 de octubre.

El Duce presentó su futura campaña como parte de un doble ataque simultáneo a las posiciones británicas en el Mediterráneo oriental: la captura de Mersa Matruh debía ir seguida por el dominio italiano del Egeo. Por aquel entonces, ese plan encajaba con la «estrategia periférica» de Alemania, consistente en atacar el Reino Unido de cualquier forma menos por medio de un asalto directo. Pero Hitler no había calibrado plenamente el talento del régimen italiano para el desastre.

Emanuele Grazzi, el ministro que representaba a Italia en Atenas, despertó al general Metaxas a las tres de la madrugada para presentarle un ultimá-

* Masa que se hornea en la salsa restante del asado. (*N. del t.*)

tum, sin conocer siquiera sus condiciones exactas. Esta mascarada diplomática constituía un insulto, además de un agravio, puesto que, en ese momento, las tropas italianas ya habían atravesado la frontera albanesa. El general Pappagos, jefe del estado mayor griego, telefonó al coronel Blunt, el agregado militar británico, menos de media hora después. Blunt se dirigió de inmediato a los locales del cuartel general, donde comprobó que reinaba una sangre fría digna de encomio en vista de las circunstancias.

Las manifestaciones populares que tuvieron lugar el día siguiente mostraron que el país se había unido de manera instintiva. El «¡no!» con que replicó Metaxas a Grazzi todavía se conmemora todos los años el 28 de octubre, el día de fiesta nacional, conocido como «día *ohí*». Arrebatados por la fiebre patriótica, tanto los partidarios de Venizelos, liberales antimonárquicos, como la izquierda olvidaron temporalmente que la dictadura realista de Metaxas había violado la Constitución y proscrito a la oposición.

Metaxas, con la autoridad del recientemente restaurado rey Jorge II, había prohibido los partidos políticos en virtud de un decreto del 4 de agosto de 1936. Su dominio fue apuntalado por la policía ordinaria y secreta de su fiel secuaz, Constantinos Maniadakis, ministro de Seguridad Nacional.

La preocupación constante de los regalistas y liberales griegos por la Constitución había consistido durante mucho tiempo en una contienda de orden secundario que les permitió ignorar el problema real de su nación: la división entre una capital ensimismada y el campo y las islas, patéticamente descuidados. Este fracaso de las dos principales fuerzas políticas, seguido por la dictadura metaxista, que fue conocida como el «cuarto régimen de Augusto», brindó posteriormente a los comunistas una oportunidad en la Grecia continental.

El paralelismo con la situación española resulta sorprendente. La diferencia en el curso de los acontecimientos que condujo en ambos casos a la guerra civil reside principalmente en la secuencia cronológica. En España, la dictadura de Primo de Rivera durante el decenio de 1920 contuvo la explosión hasta la segunda mitad de la década de 1930. En Grecia, la idéntica pretensión de Metaxas de imponer el orden militar sobre el caos civil fue seguida por la campaña albanesa y la ocupación alemana. Eso hizo que la explosión quedara postergada hasta el final de la segunda guerra mundial, poco después de que las tropas británicas llegaran a Atenas.

El 28 de octubre de 1940, cuando el ministro británico sir Michael Palaioret apareció en el balcón de la Legación británica fue aclamado tanto por los partidarios del régimen como por sus opositores. La Legación, sita en una gran mansión rosa y blanca de la avenida Kifisia, había sido propiedad de Eleuterios Venizelos, el gran estadista liberal de la primera guerra mundial, cuya postura proaliada había contribuido a la deposición del rey Constantino, proalemán y padre del rey Jorge II. En la Creta natal de Venizelos, la explosión de patriotismo estuvo a punto de provocar la destrucción de la fuente Mo-

rosini de Iraklion, que databa de principios del siglo XVII, porque era veneciana y, por lo tanto, «enemiga».

Los reservistas no esperaron a recibir su llamada a filas: se presentaron de inmediato. Los entusiastas soldados, hacinados en los trenes que partían hacia el frente, dispararon a modo de salva aproximadamente un millón de cartuchos. Muchas unidades se dirigieron al frente a pie, pues el transporte motorizado era casi desconocido en el ejército griego. En las montañas Pindus, los hombres, mujeres y niños ofrecían sus personas y sus animales de tiro para transportar las municiones y los avituallamientos por ese terreno escarpado y sin carreteras. A los pocos días, el avance italiano se detuvo.

Creendo que su campaña sería prácticamente una marcha triunfal, el ejército italiano de Albania no había sido dotado de unidades de ingenieros. Los errores de estrategia (como una avanzadilla fútil en la masa montañosa de Epiro en lugar de dirigirse directamente hacia el puerto clave de Salónica) exasperaron a Hitler tanto como la incompetencia con la cual se llevó a cabo la campaña. Simuló no haber sido informado con antelación de los pormenores de la empresa.

En lugar de la breve campaña que habría impedido la entrada del enemigo en el continente europeo, Hitler comprobó que la campaña de Mussolini volvía a poner sobre el tapete el compromiso británico con la independencia de Grecia asumido en abril de 1939, tras la invasión italiana de Albania. En Salzburgo, el 18 de noviembre, el Führer dio a entender al ministro de Exteriores italiano, conde Ciano, que la llegada de bombarderos de la Royal Air Force a la región donde se concentraba su principal fuente de suministro, los yacimientos de Ploesti, era culpa de Mussolini.

La preocupación de Hitler por esos yacimientos se agravó cuando quedó claro que sus maniobras para disipar las suspicacias rusas por la presencia de tropas alemanas en Rumania habían fracasado. La amenaza de que se abriera un nuevo frente en su retaguardia inmediata pasó a ser una de sus mayores inquietudes.

Fue necesario reformular el plan original del estado mayor de invadir Grecia (operación Marita) y Gibraltar (operación Félix), en aplicación de la «estrategia periférica» contra los dominios imperiales británicos en el Mediterráneo. La imperturbable intransigencia del general Franco hizo imposible la operación Félix pero, fuere como fuere, Hitler, que tenía puestas sus ambiciones en Rusia, perdió interés por el Mediterráneo. Por su parte, la operación Marita había adquirido más importancia que nunca. Había que reforzar los flancos para el próximo avance hacia el este.

Los temores de Hitler eran excesivos. La presencia de la RAF en Grecia era mucho más testimonial de lo que imaginaba, ya que el gobierno de Metaxas se negaba a permitir que los británicos realizaran cualquier operación contra los yacimientos petrolíferos rumanos. Un grupo improvisado de escuadro-

nes aéreos, bajo el mando del general de división D'Albiac (consistente en un primer momento sobre todo en aviones Blenheim y Gladiator), fue enviado desde Egipto para apoyar al ejército griego en el frente albanés. Para no provocar a los alemanes, los bombarderos no podían estacionar más allá de Eleusis y Tatoi, dos lugares próximos a Atenas.

Para esa avanzadilla —a cuyos componentes se les había anunciado de pasada, en su tienda de campaña en el desierto, «Mañana partís hacia Grecia»—, amerizar con un hidroavión Sunderland en la estación aérea naval de Falerón, junto a Atenas, fue un episodio conmovedor.² Eran las primeras fuerzas británicas que volvían a pisar abiertamente territorio europeo desde la caída de Francia.

Los jóvenes pilotos que participaban tenían la actitud despreocupada característica de la época. En el escuadrón 211, muchos eran entusiastas de las carreras de coches y se habían conocido en el paddock de Brooklands. Motejaban compulsivamente todos los objetos y personas que les rodeaban, dando a los aviones apodos como «Bloody Mary» y «Caminix» y, a los pilotos, motes como «el obispo» Gordon-Finlayson, «chispa» Pearson o «tembleque» Dawson.

Pronto se acostumbraron a su nueva vida. De día lanzaban ataques aéreos sobre los puertos albaneses de Durazzo y Valona, siguiendo un esquema peligrosamente repetitivo, conocido con el nombre de operaciones «misma hora, mismo sitio». Y por la noche se divertían en Atenas, donde comenzaban su ronda en el Zonar y luego iban a los cabarets Maxim o Argentina, en los que intercambiaban codazos y ocasionalmente puñetazos con supuestos «turistas» alemanes que no engañaban a nadie. En el Argentina solían quedarse a charlar, después del espectáculo, con la cantante y bailarina rubia Nicki, sin saber que era novia de un miembro de la Sección D (otra organización predecesora de la Junta de Operaciones Especiales), que trabajaba confidencialmente para la Legación.

Como gesto suplementario de apoyo y para recabar «información de primera mano sobre los méritos relativos de los dos ejércitos»,³ Churchill exigió el despacho de una Misión militar británica al ejército griego. El cuartel general de Oriente Medio recibió esta orden a los pocos días de la invasión italiana y, al final de la segunda semana de noviembre, el general de división Gambier-Perry fue enviado sobre el terreno desde Egipto, junto con un estado mayor muy condensado.

Aunque el coronel Blunt, que ejercía las funciones de agregado militar, estaba en una posición delicada, se entendió a la perfección con el general Gambier-Perry. Pero, a finales de año, éste fue enviado en una breve misión a comandar las fuerzas británicas en Creta. Fue sustituido por el general de división T. G. Heywood.

Heywood había sido agregado militar en París antes de la caída de Francia. Su negativa a reconocer las deficiencias del ejército francés constituía una tarjeta de presentación poco halagüeña. Harold Caccia, primer secretario de la Legación, lo consideraba «inteligente, pero no excesivamente sagaz».⁴ Heywood era una persona quisquillosa. Tenía un rostro musculoso típicamente militar, bigote, mirada dura, ojos pequeños y monóculo. Ambicioso como era y «con inquietudes políticas», hizo que la Misión militar británica pasara de tener poco más de media docena de oficiales a más de setenta, lo que convenció a muchos miembros del ejército griego de que su organización iba a constituir el núcleo de una fuerza expedicionaria.

Heywood puso también a su compañero de equipo de artillería, Jasper Blunt, en una situación intolerable. Se trataba de un hombre perspicaz, que había ido forjándose un conocimiento excelente del ejército griego. Era también el único oficial británico presente en Atenas que había logrado reconocer el noreste amenazado del país, antes de que el estado mayor griego vetara cualquier visita a la zona. El coronel Blunt, por su mayor conocimiento de la situación local, habría debido integrarse en la Misión como oficial superior de inteligencia, pero Heywood había traído consigo a un hombre de confianza, Stanley Casson, lector de arqueología clásica en el New College de Oxford, quien, pese a su brillantez y a tratarse de un veterano del frente de Salónica en la primera guerra mundial, apenas si estaba al corriente de la situación. Quizás la adscripción más excéntrica fuera la del coronel Rankin, procedente del ejército estacionado en la India, con sus curiosos pantalones de montar y una larga túnica de caballería, que sobresalía tanto por los lados que se le conocía como «el evzón indio».*

En su mayor parte, la Misión militar estaba compuesta por oficiales regulares escogidos o voluntarios conocedores del país. El coronel Guy Salisbury-Jones, miembro de los Coldstream Guards, era el jefe de operaciones del estado mayor. Su ayudante directo era el comandante Peter Smith-Dorrien, que moriría en la explosión de la bomba puesta por los terroristas en el hotel King David.

Entre los capitanes y subalternos jóvenes destacan Charles Mott-Radclyffe, un diplomático reconvertido en soldado que había prestado servicios sobre el terreno en Atenas tan sólo dos años antes; Monty Woodhouse, un wykehamista de 23 años de aspecto serio y riguroso pensamiento que, unos pocos años más adelante, ya con el grado de coronel, ejercería una función destacada, junto con Nick Hammond, en el desbaratamiento de la maniobra de los comunistas griegos para acabar con los grupos guerrilleros rivales; Michael Forrester, que pronto descollaría en Creta por sus dotes casi míticas para liderar a las

* Miembro de un cuerpo de infantería especial del ejército griego. Su cambio de guardia en la plaza de Síntagma es hoy una atracción turística. (*N. del t.*)

tropas irregulares en la lucha contra los paracaidistas alemanes; y Patrick Leigh Fermor, a quien Woodehouse calificó de «reencarnación de Byron» por haberse unido a un regimiento de caballería griego durante la revolución venizelista de 1935 y que posteriormente haría honor a su apelativo al protagonizar algunas de las aventuras guerrilleras de tintes más románticos de la guerra.⁵

La trayectoria precoz de los deleites itinerantes de Leigh Fermor ha sido bien documentada en sus libros, a pesar de lo cual, mientras se dirigía a Atenas, sus dotes sobrenaturales para la supervivencia a punto estuvieron de no surtir efecto. El crucero de Su Majestad *Ajax*, con el que había llegado desde Alejandría, amarró en la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta. Él y Monty Woodhouse fueron a la antigua ciudad veneciana de Canea para tomar una copa y fumar un narguile.

Más tarde, un soldado raso del Black Watch que conducía una camioneta de reparto se detuvo y los recogió para acercarlos a la bahía de Suda. Pero resultó que estaba borracho y conducía descuidadamente por unas carreteras que, según las describió Pendlebury, «se habían convertido en unas ruinas artísticas». La camioneta volcó en la cuneta y Leigh Fermor, herido en la cabeza, debió permanecer en el hospital mientras zarpaba el *Ajax*. Finalmente llegó a Atenas una semana después.

El oficial de enlace de la Misión con el gobierno griego era el príncipe Pedro de Grecia, primo del rey Jorge II y antropólogo que había pasado mucho tiempo en el Himalaya. Por su condición de anglófilo cabal y por un «sorprendente repertorio de canciones obscenas», era muy apreciado por los oficiales británicos.⁶ La Misión no estaba en condiciones de ofrecer asesoramiento válido sobre el combate en montaña. «Indudablemente, los griegos no carecían de coraje —apuntó un corresponsal de guerra—, pero, en su opinión, la guerra en las montañas no era apta para los métodos modernos, de modo que volvieron a adoptar instintivamente tácticas que se remontaban a un siglo atrás.»⁷ Forrester, que trabajaba para Salisbury-Jones, describió el conflicto como «una guerra balcánica más, con un armamento algo obsoleto».

La incertidumbre sobre cuál era la auténtica tarea de la Misión militar británica se agudizó por el entorno irreal en el que vivía y trabajaba. Inmediatamente después de la invasión italiana, el gobierno griego había requisado el hotel Grande Bretagne, en la plaza de la Constitución, y lo había convertido en la sede de sus cuarteles generales. Era uno de los mayores edificios de Atenas y sus inmensas bodegas constituían un refugio seguro ante los ataques aéreos.

El general Metaxas se adjudicó la oficina del director, al rey se le asignó un salón privado y la reputación de «Jimmy», el camarero, de ser el hombre mejor informado de Atenas, creció aún más cuando el general Melisinos, el jefe adjunto del estado mayor, instaló su oficina al otro lado de la fila de botellas.

«El mayor espectáculo del edificio —escribió el coronel Blunt en su diario— era Maniadakis, el jefe de la seguridad pública. Tenía un inmenso escri-

torio de caoba que casaba a la perfección con su gigantesco volumen. Sobre él había dispuesto una fotografía descomunal del general Metaxas en un marco de plata maciza y una batería de teléfonos que no habrían desentonado en la oficina de un jefe de policía de una novela o película policíaca. Maniadakis cogía el auricular con su tremenda muñeca y bramaba exigiendo que se pusiera al aparato algún prefecto provincial o jefe de policía remotos, vociferando de paso que ahogaran a todos los mecanógrafos, no sólo porque estaba encolerizado, sino porque le gustaba gritar. Mientras duraba la escena, todo su círculo inmediato de oficiales y amigos se arracimaban sentados en torno a él, pendientes de sus palabras y tratando de discernir las palabras que procedían del otro extremo.»⁸

Durante la sorprendente y triunfal campaña del ejército griego contra los italianos, el estado mayor conjunto de planificación y el alto estado mayor de Londres no querían que la ayuda británica fuera más allá de los escuadrones de soldados y bombarderos que ya se habían enviado. Una manera de contribuir a la vez a los intereses griegos y británicos en el Mediterráneo oriental consistía en asumir la responsabilidad de Creta, que los italianos querían ocupar para transformar en una base naval y aérea. Metaxas sospechaba que los británicos tenían intenciones ocultas respecto de aquella isla de semejante importancia estratégica, pero en aquel momento eran sin duda el mal menor. Pese a la aparición de la anglofilia, los griegos no habían olvidado que Venizelos había calificado esa patria de «mendigo de las grandes potencias».

En Londres, por una vez, las opiniones de los almirantes, los generales y los mariscales del aire coincidían y Churchill estaba de acuerdo con ellos. Haciéndose eco de reminiscencias de la Gran Flota de 1914, exigió que se hiciera del gran puerto natural de la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta, «un nuevo “Scapa Flow”».^{9*}

El almirante Cunningham, comandante supremo del Mediterráneo, ya había planeado, con la aprobación griega, crear una base naval en ese lugar. Las primeras tropas británicas que habían de enviarse, el segundo batallón, el regimiento de York y de Lancaster, recibieron la orden de movilizarse cuarenta y ocho horas después de la invasión italiana. El segundo batallón del Black Watch, que también formaba parte de la 14.^a brigada de infantería, los siguió a los pocos días.

El despacho de las tropas británicas para proteger la bahía de Suda hizo posible que el gobierno griego desplazara la 5.^a división de Creta al continente. Harold Caccia, que había asumido temporalmente las funciones de sir Mi-

* «Scapa Flow», nombre de la bahía que albergaba la gran base naval de Escocia, desde la que se controlaba el mar del Norte y el Atlántico Norte. (*N. del t.*)

chael Palairret, dio garantías formales al gobierno griego, afirmando que «protegeremos Creta».¹⁰

Esta decisión —perfectamente lógica siempre y cuando los británicos cumplieran su compromiso— sería posteriormente lamentada por los cretenses con una amargura completamente justificada. «¡Si hubiera estado aquí la división!», fue el clamor casi universal que se oyó cuando se produjo la invasión aérea alemana de la isla tan sólo medio año después.

La división cretense atracó en Salónica la segunda semana de noviembre de 1940. Debido a la falta de medios de transporte, se vio obligada a recorrer a pie la mayor parte del trayecto que separa Macedonia de Kastoriá, unos setenta kilómetros al sur del lago Prespansko, donde confluyen las fronteras de Grecia, Albania y Yugoslavia. Los cretenses formaban parte de la reserva de las diez divisiones del ejército griego, apostadas a lo largo de un frente que se extendía al suroeste, a través de las montañas Pindus, hasta la costa de Epiro, enfrente de Corfú.

Durante la segunda mitad de noviembre y la mayor parte de diciembre, el ejército griego avanzó valerosamente, haciendo retroceder a los italianos más allá de la frontera albanesa, pese a lo escarpado del terreno, las inclemencias meteorológicas y sus escasos recursos en aviones y vehículos blindados. El 28 de diciembre su flanco derecho se había estabilizado en Pogradets, sobre el lago Ohridsko.

En esa guerra librada en las montañas sólo sobrevivieron los más habituados a las condiciones más extremas. Los oficiales británicos se maravillaban ante la estoica resistencia de los soldados griegos, equipados con armamento que databa de la primera guerra mundial —en gran parte arrebatado al ejército austriaco— y con «ropa y calzado de una calidad deplorable».¹¹ Muchos iban envueltos en harapos. Durante la marcha hacia el frente, algunos civiles, compadecidos, regalaron sus abrigos a los más afortunados. Fue el invierno más duro que recordaban los vivos. Las bajas debidas a la congelación fueron muy superiores a las de los caídos en acción. Sólo los heridos que podían andar tenían alguna posibilidad de sobrevivir. Era casi imposible evacuar a quienes habían de ser transportados en parihuelas. Los suministros, tanto de raciones alimentarias como de municiones, eran sumamente irregulares, ya que prácticamente todo debía llegar a lomos de mulas. Los animales de tiro que quedaban cojos eran abatidos y la tropa hambrienta se abalanzaba sobre sus despojos. En varias ocasiones, los aviones Blenheim de la RAF debieron lanzar sacos de alimentos a las unidades hambrientas y cercadas por la nieve. Hasta el agua constituía un problema, ya que no se disponía de combustible para fundir la nieve.

En la fase siguiente, la división cretense luchó en la parte central del frente. Durante los últimos días de enero de 1941, la 5.^a división destacó en la conquista del monte Trebesina y de Klisura, una importante encrucijada de carre-

teras. Un solo regimiento cretense provocó la desbandada de la 58.^a división de Leniano. Otra de las formaciones enemigas de este sector fue la 51.^a división de Siena, que posteriormente ocuparía la parte oriental de Creta: en 1943, después del armisticio italiano, Paddy Leigh Fermor ayudaría a su comandante a huir de la isla.

Leigh Fermor, en una de sus escapadas de la atmósfera claustrofóbica de los cuarteles generales de Atenas, visitó el frente albanés, pero no le llamó especialmente la atención la 5.^a división. La única diferencia que lograría recordar más tarde sería la cordialidad de los cretenses, a pesar del salvaje frío imperante, y el modo en que llevaban los fusiles a la espalda, como si de un yugo se tratara, porque era la manera tradicional de los pastores de llevar sus garfios. Por entonces no podía imaginar la importancia que iba a adquirir Creta.

Misiones diplomáticas

En enero de 1941, después de reforzar su ejército en Albania, los griegos sólo contaban con cuatro divisiones de escasos efectivos para defender la frontera de Tracia y Macedonia oriental con Bulgaria. El comandante en jefe, general Papagos, tenía la esperanza de que una alianza con Yugoslavia le permitiera atrapar a los italianos en una pinza, para poder volver a desplegar sus divisiones en caso de que los alemanes intensificaran su presión desde Rumania. Bajo la estrecha supervisión de Metaxas, Papagos había dirigido el avance en Albania con gran pericia y resolución, pero su determinación de vencer a los italianos se convirtió en una fijación y su estrechez de miras resultaría a la postre desastrosa.

De todos modos, el gobierno yugoslavo del príncipe Pablo, regente, parecía un aliado muy improbable por entonces. Había ejércitos del Eje y de sus aliados incipientes detrás de seis de las siete fronteras de Yugoslavia: en las de Italia, Austria, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania. Y el príncipe Pablo —Churchill lo apodaría más tarde «Prince Palsy» (príncipe Parálisis)— cedía a las presiones de Hitler para que firmara el Pacto Tripartito. Por mucho que Alemania lo negara, eso equivaldría prácticamente a permitir que Alemania utilizara la red de ferrocarriles yugoslava para invadir Grecia. El gobierno griego sólo podía volverse hacia Gran Bretaña en busca de ayuda, pero Metaxas se aferraba a su política de no provocar a Alemania. No conocía tan bien como Churchill las intenciones de Hitler.

El 10 de enero de 1941 —el mismo día en que Hitler decidió enviar fuerzas a Libia para ayudar a los italianos y en que ese mismo X cuerpo del aire alemán, recién llegado a Sicilia, atacó el portaaviones *Illustrious* de Su Majestad—, Churchill recibió la confirmación, gracias a la interceptación de varios mensajes alemanes que fueron descifrados en Bletchley Park (una fuente conocida más tarde con el nombre de Ultra), de que la concentración de tropas alema-

nas en Rumania suponía una grave amenaza para Grecia. Ordenó inmediatamente la elaboración de un plan de reserva, que previera el envío de un cuerpo expedicionario británico a Grecia.

El general sir Archibald Wavell, comandante en jefe de Oriente Medio, estaba menos preocupado. Durante un intercambio febril de mensajes entre Londres y El Cairo el 10 de enero, afirmó que lo que los alemanes habían declarado era básicamente «una guerra de nervios». ¹ Wavell creyó ver respaldada su opinión cuando llegó el general Heywood de Atenas, ese mismo día, anunciando que el gobierno griego pensaba que los alemanes sólo intentaban «advertirnos, a nosotros y a los rusos, de que renunciáramos a los Balcanes». ² Pero, siguiendo las directrices de Churchill, los jefes de estado mayor recalcaron que esperaban de él un gran celo: «El gobierno de Su Majestad ha decidido que es esencial aportar a Grecia el mayor apoyo posible». ³

Tres días después, Wavell, vestido de paisano, tomó un vuelo hacia Atenas para reunirse con el rey Jorge II de Grecia, Metaxas y el general Papagos. Metaxas quiso impedir que los británicos enviaran una fuerza simbólica: lo bastante grande para servir de excusa a los alemanes para invadir el país, pero demasiado pequeña para detenerlos. Bajo el dictado de Metaxas, el general Papagos declaró que «las tropas griegas estacionadas en la frontera búlgara deben ser reforzadas inmediatamente con nueve divisiones y con el correspondiente apoyo aéreo». ⁴ Wavell replicó que era imposible, pues no podía poner a su disposición más de dos o tres divisiones. Metaxas repuso que era totalmente insuficiente y que enviar una pequeña avanzadilla de artillería, como había propuesto Wavell, sólo beneficiaría a los alemanes, que tendrían un pretexto para atacar. Más tarde, Papagos pretendió haber afirmado que, en cualquier caso, las divisiones británicas serían más útiles en el norte de África.

Wavell reiteró su oferta de enviar una avanzadilla justo antes de volver a El Cairo. Si bien había seguido escrupulosamente las instrucciones de Londres, en su fuero interno se sentía aliviado de que los griegos persistieran en rechazar esa ayuda, ya que las fuerzas del general O'Connor estaban penetrando en Libia. En Londres, el alto estado mayor y el Ministerio de Guerra también «dieron un suspiro de alivio» y, al parecer, también lo hizo Churchill en privado. ⁵ Pero sobre Churchill pesaban también consideraciones políticas de mayor calado. La propaganda alemana acusaba constantemente a Gran Bretaña de abandonar a sus aliados y hacer que fueran otros países los que lucharan en su lugar. Esta crítica era particularmente sangrante en un momento en que «Winston sentía que debía influir en la opinión pública norteamericana». ⁶

Los mensajes interceptados por Ultra seguían revelando que la amenaza de la presencia alemana en Rumania era muy seria, y Churchill, cuya opinión sobre la conveniencia de enviar un cuerpo expedicionario fluctuaba constantemente, se negaba a aceptar el argumento de Wavell de que ayudar a los griegos sería «una medida insuficiente y peligrosa». Estaba obsesionado por el

hecho de que la comandancia de Oriente Medio contara con trescientos mil hombres en su lista de raciones, una cifra que en su opinión significaba que se disponía de un contingente de tropas de combate a todas luces insuficiente. Más tarde, uno de los miembros del War Cabinet observó que Churchill, a pesar de estar «en cierto modo familiarizado con las cosas modernas», estaba «siempre dispuesto a hablar en términos de sables y bayonetas». ⁷

Metaxas murió de cáncer de garganta el 29 de enero. La propaganda alemana afirmó que había sido envenenado durante la cena organizada en su honor dos semanas antes por Peter Coats, el edecán de Wavell, en el hotel Grande Bretagne. El nuevo primer ministro, Aléxandros Korizis, era banquero, no era un político profesional y carecía de las convicciones inamovibles de su predecesor. Su nuevo gobierno no tardó en hacer saber que estaba muy interesado en recibir ayuda británica, de la magnitud que fuera.

Inspirándose en la historia británica, con su tradición de alianzas entre los pueblos isleños para luchar contra las diversas potencias dominantes, Churchill lo interpretó como una señal que le aconsejaba crear un pacto en los Balcanes entre Grecia, Yugoslavia y Turquía. Siguiendo sus órdenes, el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, acompañado por sir John Dill, jefe del alto estado mayor imperial (CIGS), salió de Londres con destino a El Cairo el 12 de febrero, el mismo día en que Rommel llegaba a Trípoli. Al enterarse de su visita, el general Wavell se resignó a que se adscribieran numerosas fuerzas a Grecia y procedió a evaluar las tropas fragmentarias de que disponía.

Más que soldados, lo que Wavell necesitaba probablemente era información de buena calidad. Desgraciadamente, Heywood le transmitía informes muy optimistas sobre los efectivos del ejército griego, que guardaban poca relación con la realidad: volvía a cometer el mismo error que había cometido en Francia. La valoración de Blunt fue mucho más consistente. Sabía que, a pesar de la magnífica resistencia que había opuesto a los italianos, un esfuerzo que se había cobrado su precio tanto en pérdidas humanas como materiales, el ejército griego tenía pocas posibilidades de resistir a las divisiones blindadas y motorizadas alemanas, que gozaban de un apoyo aéreo abrumador. Además, desde la muerte de Metaxas las tensiones políticas soterradas entre los oficiales metaxistas y los partidarios de Venizelos, cuya carrera había sufrido bajo la dictadura, habían comenzado a aflorar.

Al final se impuso la opinión de Heywood, en gran medida porque satisfizo las ansias de buenas noticias de Churchill. Y en el frente de Albania todavía se producían episodios esperanzadores, en los que pudo sustentar su tesis. El 13 de febrero se lanzó una nueva ofensiva griega. La división cretense atacó desde el monte Trebesina en dirección noroeste, haciendo retroceder una vez más a los italianos. Dos días después ocuparon el puerto de Medjigorani y el monte Sen Deli. Pero pronto las abundantes nevadas prácticamente paralizaron las operaciones. Varios observadores pensaron que, sin aquel con-

tratiempo, los griegos se habrían hecho con el puerto de Valona, lo que habría podido acabar con el ejército italiano. Otros no están tan convencidos. Los griegos no disponían ni de provisiones ni de medios de transporte para afianzar su avance.

La ofensiva aérea no se relajó en ningún momento, a pesar de que las condiciones de vuelo eran a menudo terribles. El 28 de febrero, la RAF libró su batalla más afortunada de la campaña. En una hora y media, dos escuadrones, uno de Hurricane, el otro de Gladiator, abatieron veintisiete aviones italianos en el frente de Albania. De alguna manera, esta victoria ayudó a mitigar las críticas de Grecia por la negativa de la RAF a desplegar sus aviones para apoyar a sus tropas terrestres, pero a estas alturas de la guerra la RAF recibía críticas similares por parte del propio ejército británico, que se consideraba a sí mismo un cuerpo meramente estratégico.

Más o menos por estas fechas, los griegos recibieron informes de los servicios de inteligencia que indicaban que los italianos se habían recuperado lo suficiente como para planear una gran contraofensiva. Se produjo en la segunda semana de marzo, cuando doce divisiones italianas, desplegadas entre los ríos Apsos y Aoos, embistieron el frente griego, formado por cuatro divisiones.

Mussolini, perfectamente consciente de que la invasión alemana que se estaba planificando pondría a su ejército en ridículo, ordenó a sus tropas atacar «a cualquier precio».⁸ La semana siguiente, los cretenses se distinguieron particularmente por infligirles grandes pérdidas. Su puntería, de la que estaban desmesuradamente orgullosos, tenía fama de ser insuperable en el ejército griego. En menos de diez días, la gran contraofensiva italiana se había desvanecido, pero por entonces la situación en los Balcanes y, de hecho, en todo Oriente Medio, había cambiado. Las fuerzas de Mussolini pasaron a ser un factor relativamente insignificante.

El 16 de febrero se produjo la primera escaramuza entre las tropas británicas y alemanas en el norte de África, cerca de Sirte. Cuatro días más tarde, Churchill reconoció el peligro que suponía dispersar sus fuerzas y envió el siguiente mensaje a Eden, Dill y Wavell, que se encontraban en El Cairo: «No se consideren obligados a intervenir en Grecia, si en su fuero interno sienten que no será más que otro fiasco como el de Noruega».⁹ Pero los generales pronto descubrieron que Eden no estaba dispuesto a salir de la senda que se había trazado.

Con un profundo y, en ocasiones, demasiado sentimental sentido de lealtad hacia los griegos y su rey, Churchill deseaba ayudarles arrojando cualquier peligro. Por otra parte, todavía aguardaba de los oficiales superiores destacados sobre el terreno consejos claros, pese a lo cual había conferido plenos poderes «en todos los asuntos diplomáticos y militares» a Eden antes de que se fuera de

Londres.¹⁰ Este hecho probablemente persuadió a Dill y Wavell de que no tenían más opción que apoyar la línea marcada por el ministro de Asuntos Exteriores. Eden se había encaprichado claramente con la idea de sorprender al mundo con una gran alianza, uno de esos golpes de efecto con que sueñan los diplomáticos. Pero, al igual que hablar en términos de «sables y bayonetas», como hacía Churchill, esas ilusiones pertenecían a una época pasada.

Dado lo anticuado de los ejércitos y las fuerzas aéreas de Yugoslavia y Turquía, una alianza entre los países balcánicos nunca habría pasado de ser algo más que un gesto. Wavell se opuso a la pretensión de Eden de involucrar a los turcos en ese plan: fue la única vez en que se pronunció con firmeza sobre esta cuestión. Una derrota de los turcos y la ocupación de los Dardanelos por los alemanes sería un desastre, argumentó con razón. Afortunadamente, los turcos fueron lo suficientemente perspicaces para no dejarse arrastrar a ese plan ilusorio. Aparte del ejército alemán, concentrado en Rumania, temieron que Rusia, su enemigo tradicional y todavía aliado de Hitler, pudiera asestarles la puñalada traidora que había asestado a Polonia.

El 22 de febrero, Eden, acompañado por Dill, Wavell y el general de división del aire Longmore, el oficial más veterano de la RAF en Oriente Medio, tomó un vuelo hacia Atenas. Antes de que tuviera lugar la primera reunión en el palacio Tatoi, el gobierno griego, con el respaldo entusiasta del rey, anunció que estaba determinado a resistir a los alemanes, independientemente de que los británicos acudieran en su ayuda o no. Los británicos quedaron impresionados y conmovidos por esta muestra de coraje. Ante su aprobación, el general Papagos concedió que una defensa avanzada de Tracia y Macedonia oriental era inviable. Se mostró de acuerdo en que el grueso de las fuerzas griegas se replegara por detrás de la línea de Aliakmon, que atravesaba la cara norte del monte Olimpo y continuaba hacia el norte, hasta la frontera yugoslava a la altura de la sierra de Vermion. La seguridad de su flanco izquierdo, que se había apostado por delante del desfiladero de Monastir, dependía de que el ejército yugoslavo resistiera el embate alemán.

Más entusiasmado que nunca por la idea de una alianza balcánica, Eden prometió recursos «formidables» a los griegos, hinchando los números de las fuerzas disponibles que recogía el informe del estado mayor.¹¹ El coronel Freddie De Guingand, miembro del estado mayor conjunto de planificación de Oriente Medio, observó consternado que Wavell respaldaba el proyecto sin entusiasmo. Como a muchos otros oficiales, le costaría perdonar a Wavell que no hubiera manifestado sus opiniones abiertamente. Después de la reunión, De Guingand vio a Eden «pavonearse delante de la chimenea»,¹² mientras sus subordinados le felicitaban por aquel triunfo diplomático.

Este punto de vista militar sobre los acontecimientos no se corresponde con el del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Antes de la reunión general, sir Michael Palairet organizó un almuerzo privado para exponer con

mayor claridad a Wavell lo que estaba en juego y advertirle de que, tras la muerte de Metaxas, era el rey quien tenía el poder de decisión. Ante la sorpresa de Harold Caccia, uno de los cuatro comensales, Wavell, «quien normalmente era más bien un hombre reservado, se volvió muy locuaz».¹³

Empezó diciendo: «Bueno, la situación en Grecia no es tan distinta de la de Egipto», y continuó comparando las propiedades defensivas de las cadenas montañosas de Grecia con la depresión de Qattara. «Lo cual significa que, en realidad, no procede preguntarse por la cantidad de divisiones que se necesitan, ya que sólo puede desplegarse un número determinado.» Al igual que tantos otros arrebatos de optimismo infundado que se apoderaron de los protagonistas —cabe sospechar que se tratara de un esfuerzo casi desesperado por hacer de la necesidad virtud—, éste se sustentaba en el supuesto arbitrario de que los yugoslavos se mantendrían neutrales u opondrían una resistencia tan feroz y eficaz como en la primera guerra mundial.

Una vez tomada la decisión de enviar una fuerza expedicionaria, a última hora de la tarde Eden, Dill y Wavell salieron de Atenas. Los diez días siguientes prestaron poca atención a los acontecimientos que se producían en Grecia: Eden y Dill se fueron a Ankara en pos de la alianza, y Wavell estaba totalmente absorto por el problema de estirar aún más unos recursos que ya habían dado demasiado de sí. Por entonces repitió a menudo una frase que era un aforismo de Wolfe: «Optar por la guerra es optar por las dificultades».¹⁴ En el ínterin, De Guingand, disfrazado de reportero con un traje prestado, recorrió la línea Aliakmon propuesta, realizando una inspección bastante estrepitosa.

El sábado 1 de marzo, Bulgaria se sumó públicamente al Pacto Tripartito, y el domingo por la mañana el XII ejército alemán empezó a cruzar el Danubio desde Rumania por tres puentes de pontón rápidamente ensamblados por los ingenieros del ejército. Eden y Dill llegaron a Atenas unas horas más tarde. El general Heywood los recibió con noticias todavía peores. El general Papagos no había ordenado la retirada a la línea Aliakmon, afirmando que sin medios de transporte no había tiempo para ello y que, de todos modos, había estado esperando una respuesta por parte de Yugoslavia sobre la seguridad del flanco izquierdo del frente.

No puede decirse con certeza hasta qué punto fue Heywood responsable de esta crisis en las comunicaciones, pero sin duda no fue del todo inocente. No era la persona indicada para dar a Wavell el consejo objetivo, que tanta falta le hacía, sobre el estado de agotamiento del ejército griego y, por encima de todo, sobre las ideas fijas de Papagos: sobre su negativa a retirarse de la frontera búlgara y su rechazo a tomar en consideración el traslado de divisiones de Albania, por muy grave que fuera la amenaza que se cernía desde el noreste.

Durante los dos días siguientes, la exasperación británica y el orgullo herido de los griegos se encresparon en una serie de reuniones infructuosas, en las

que se volvía una y otra vez sobre el problema de quién había dicho qué los días 22 y 23 de febrero. (Por un descuido asombroso, el general Heywood no había levantado acta de la reunión para que la firmaran ambas partes.) Las divisiones griegas en Macedonia oriental estaban totalmente indefensas, pese a lo cual Papagos se negaba a retirarlas. Su ejército carecía de medios de transporte y, según afirmó, la Misión militar británica lo sabía perfectamente. En cualquier caso, había estado esperando que los británicos le informasen de las intenciones del gobierno yugoslavo como, según él, se había acordado. Sin embargo, su obstinación se debía casi con toda seguridad al temor de abandonar Tracia a la codicia de los búlgaros y, sin el puerto de Salónica, no cabía abrigar esperanzas de convencer a los yugoslavos de que se unieran al ejército griego en su proyecto tan acariciado de lanzar una ofensiva en tenaza contra los italianos de Albania.

Independientemente de las razones que tuviera Papagos y fuera cual fuera el motivo del malentendido original, los planes del estado mayor conjunto se habían venido abajo. Se llegó a un compromiso trivial sobre la línea Aliakmon —Eden comparó los debates con «un regateo en un bazar oriental»—, principalmente porque ya estaban saliendo de Egipto los primeros buques de transporte de tropas.¹⁵ El coronel Jasper Blunt describió la escena en su diario:

Nuestros representantes estaban sentados en el salón de la Legación; los secretarios iban y venían con telegramas; sir Michael Palairret hacía de anfitrión, el rey tenía el semblante preocupado, el general Papagos, serio, el primer ministro de Grecia estaba pálido como la muerte. El suspense crecía mientras el rey parlamentaba con sus consejeros detrás de las puertas cerradas del despacho ministerial. Los minutos pasaban. Yo observaba la escena como un espectador a quien nadie consultara nada. Era un espectador sentado en una butaca de la primera fila, asistiendo a un drama tan intenso como cualquiera de los que se representan en los escenarios clásicos de Grecia, pero con el interés añadido de que conocía la trama, el autor y los actores.¹⁶

Blunt sospechaba desde el principio cuál sería el resultado de la reunión, pero por lealtad a su embajador y por respeto a la cadena de mando, no había revelado sus temores al cuartel general de Wavell. Palairret no se enteró de la intensidad de sus sentimientos hasta que ambos se despidieron de Eden y Dill en Falerón. La predicción serena de la debacle que hizo Blunt le chocó profundamente.

El comandante designado de las fuerzas británicas e imperiales, el general sir Henry Maitland Wilson, ya había llegado a Atenas. Había venido supuestamente de incógnito, algo prácticamente imposible para ese general jovial y corpulento. Calvo, con bigote y la cara redonda, tenía el aire eduardiano del tío abuelo favorito en cualquier familia.

Wilson y sus oficiales superiores consideraban que sir Michael Palairt estaba demasiado sometido a la influencia de la anglofilia del rey de Grecia y que todavía desconocía la cruda situación militar. Después de que Palairt pronunciara un discurso combativo, «rebotante del optimismo que cabe esperar de un ministro de Asuntos Exteriores», a Wilson se le oyó decir a su equipo: «Bueno, yo de eso no sé nada. Ya he encargado los mapas del Peloponeso».¹⁷

Tal y como supuso correctamente, los puertos y las playas del sur pronto iban a ser sus puntos de evacuación. No obstante, a bordo de los buques de transporte que habían zarpado de Alejandría, los oficiales de la fuerza expedicionaria, compuesta principalmente por tropas de Australia y Nueva Zelanda, desplegaban con impaciencia los mapas para estudiar las rutas de invasión a través de Yugoslavia hacia Viena.

Al llegar se disipó de inmediato su optimismo, aunque ni siquiera Wilson, con su pesimismo alegre, sabía que en el cuartel general de Oriente Medio el estado mayor conjunto de planificación había empezado a trabajar en secreto sobre los pormenores de la posible evacuación, una precaución a la que Wavell accedió con desgana y con disgusto.

En El Cairo, la decisión final sobre la intervención fue tomada cuando llegó el mariscal de campo Smuts, el 7 de marzo. En una conferencia orquestada por Eden la tarde de ese día, Smuts mantuvo firmemente su tesis de que retirarse en una fase tan avanzada era impensable: a pesar de que desde el punto de vista militar lo que decía era muy poco alentador, resultaba convincente desde el punto de vista político. Eden estaba visiblemente aliviado por contar con su apoyo, ya que la opinión de Smuts tenía gran peso ante Churchill.

La noche siguiente, cuando finalmente llegó la respuesta del gobierno yugoslavo —todas y cada una de cuyas frases rezumaban evasivas—, Anthony Eden se presentó con su comitiva en la casa del comandante en jefe, desde la cual se divisaba el hipódromo de Gezira. Ordenó que se despertara a Wavell y Dill. Bajaron y, sentados uno al lado del otro en el sofá con sus batines, tuvieron que escuchar cómo Eden dictaba su telegrama a Churchill sin dejar de pasear de un lado a otro.

Luego llegó el general de división del aire Longmore, también en respuesta a una llamada, y vio «a dos soldados fatigados, que parecían una pareja de osos de peluche, intentando prestarle la debida atención a la elocuencia del ministro de Asuntos Exteriores. Ambos se adormecieron plácidamente y, cuando Eden hizo una pausa para que hicieran algún comentario, lo único que interrumpió el silencio fue su respiración regular».¹⁸

La mañana siguiente, después de su paseo matutino a caballo y tras nadar en la piscina de Gezira, Wavell se pasó un par de horas ante su escritorio. Lue-

go entró en el despacho de Longmore y, sin decir palabra, dejó los siguientes versos sobre su mesa.

SUMAMENTE RESERVADO Y PERSONAL¹⁹

El Yugo*

(con disculpas a Lewis Carroll)

En El Cairo donde los gitanos suelen estar,
 con mi guitarra me pongo a cantar.
 («Preciso que no voy a cantar de verdad», explicó Anthony amablemente.
 «Se lo agradezco muchísimo», dijo Jacqueline.)**
 En Atenas, cuando con los griegos me encontré,
 lo que estaba buscando le diré.
 («Sería interesante saberlo», dijo Jacqueline.)
 Un mensaje al Yugo yo envié, diciéndole que no hiciera el primo.
 Que realmente ha de estar muy chiflado
 si en unirse al pacto con Hitler ha pensado.
 El Yugo replicó: «Pero es que no ves,
 lo difícil que para mí es.»
 («A mí también me resulta difícil», repuso Jacqueline con tristeza.
 «Más adelante tampoco será más fácil», replicó Anthony.)
 Cogí un lápiz nuevo y grande
 y me puse a escribir uno o dos telegramas.
 Luego alguien vino a verme para decir
 que los generales se habían ido a dormir.
 Así es que alto y claro declaré:
 «Pues de la cama hay que sacarlos otra vez».
 Y muy firme me puse con ellos,
 hasta las dos los tuve despiertos.
 («¿No fue bastante cruel?», preguntó Jacqueline.
 «En absoluto», dijo Anthony con firmeza. «Necesitamos generales, no lirones.
 Pero deje de interrumpirme constantemente.»)

* En el original, «The Jug», sobreentendido «Jug(oslav)». (*N. del t.*)

** Lady Lampson, esposa del embajador británico en Egipto, sir Miles Lampson, más tarde lord Killearn.